

ÍNDICE

Agradecimientos	11
Prólogo de César Bona	13
Introducción	17
Entrevista a un alumno de bachillerato	18
Participa: David Davó	
Introducción en 140 caracteres	27
1 ¿Por qué educamos?	29
Los principios	31
Preguntas, preguntas, preguntas	31
Educar para despertar	34
La educación solo puede ser ética	36
Participan: Rodrigo J. García, Carmen Pellicer y Charo Batlle	
Los principios en 140 caracteres	40
El cambio	41
El escarabajo	41
Educar para transformar en un mundo incierto	42
Cómo sobrevivir en Marte	45
Las competencias del siglo XXI y de siempre	46
La búsqueda de la felicidad	48
Participan: Carmen Pellicer, Diana de Horna y Diego Gutiérrez	
El cambio en 140 caracteres	52
El futuro	53
«No me mandes al que más sabe. Mándame al más espabilado»	53
La demanda de las empresas. De la empleabilidad al <i>learnability</i>	55
Participan: María José Martín y Juan Carlos Cubeiro	

¿Para quién educamos?	61
Participan: Pepe Escudero y Rodrigo J. García	
Requisitos para un nuevo sistema operativo educativo .	65
El futuro en 140 caracteres	69
2 El sistema educativo	71
Las personas	73
¿Qué significa ser maestra?	73
Participa: Carmen Pellicer	
Las expectativas. Fábula del maestro gitano	77
El docente como agente de cambio	79
Participan: Alfredo Hernando y Carmen Pellicer	
¿Cómo se forma una maestra?	83
Participan: Pilar Laguna y María Acaso	
Las personas en 140 caracteres	89
Las instituciones educativas	91
Un microcosmos llamado escuela	91
¿Para qué sirve la universidad?	94
Participan: Pilar Laguna y José Mari Luzárraga	
Las instituciones educativas en 140 caracteres	102
¿Qué significa éxito escolar o académico?	105
¿Qué le piden tus hijos al colegio?	105
La buena escuela	107
¿Qué le pides al colegio de tus hijos?	112
Participan: Diana y Diego, Andreas Schleicher, María Acaso, Sergio Carneros, Kiran Sethi y José Mari Luzárraga	
¿Qué y cómo evaluamos? Lo que les pide el colegio a tus hijos	121
Participan: Andreas Schleicher, Sergio Carneros, Alfredo Hernando, Montserrat del Pozo, Rodrigo J. García y Charo Batlle	
Esfuerzo y disciplina con causa	128
Qué significa éxito escolar en 140 caracteres	131
Las políticas educativas	135
¿Para qué sirve PISA?	135
Participa: Andreas Schleicher	
Reformar para mejorar	141
Participan: Jim Knight, Andreas Schleicher y Sergio Carneros	
Las políticas educativas en 140 caracteres	145

3 El ecosistema educativo	147
La familia	149
Cuento de una madre con súper-poderes	149
Hogar, dulce hogar	151
Participan: José Mari Luzárraga y Carmen Pellicer	
Educando agentes de cambio desde casa	155
Participan: Kiran Sethi y José Mari Luzárraga	
La familia en 140 caracteres	160
La alianza entre familias y escuela	163
Colaborar, ese verbo	163
Cuando las familias también van al colegio	166
Participan: Pepe Escudero, Alfredo Hernando, Sergio	
Carneros, Montserrat del Pozo, Jim Knight, Charo Battle,	
Diego y Diana y Carmen Pellicer	
Familias activistas	173
Participa: Rodrigo J. García	
La alianza familia-escuela en 140 caracteres	177
El barrio	179
Terra incognita	179
Mi barrio, mi mundo	181
«Si quiero que mi hijo aprenda empatía, me lo llevo	
a un parque de bolas»	182
Participan: Ross Hall, Charo Battle y Montserrat del Pozo	
La alianza entre escuela y barrio	185
Participan: Charo Battle y Sergio Carneros	
Las políticas municipales	188
Participa: Pepe Escudero	
El barrio en 140 caracteres	193
Las pantallas	195
Conviviendo con el espectáculo	195
Participa: Kiran Sethi	
De mayor quiero ser <i>youtuber</i>	199
Participa: Isaac Marcet	
El aprovechamiento educativo de lo no educativo ...	203
Participa: María Acaso	
Las pantallas en 140 caracteres	208

4 Algunas respuestas	211
El principio de las siete generaciones.....	213
A mejorar el mundo se aprende... practicando	214
El ADN de la escuela del futuro.....	216
Una transformación eco-sistémica	221
El cambio eres tú.....	227
Epílogo	225
Participan: Montserrat del Pozo, Rodrigo J. García, Carmen Pellicer, Jim Knight, Andreas Schleicher, Kiran Sethi y Ross Hall	
Galería de colaboradores	233
Índice de soluciones	245
Escuela	246
Universidad.....	252
Familia	253
Educación no formal.....	254
Pantallas y educación en materia de comunicación	256
Notas	257



Agradecimientos

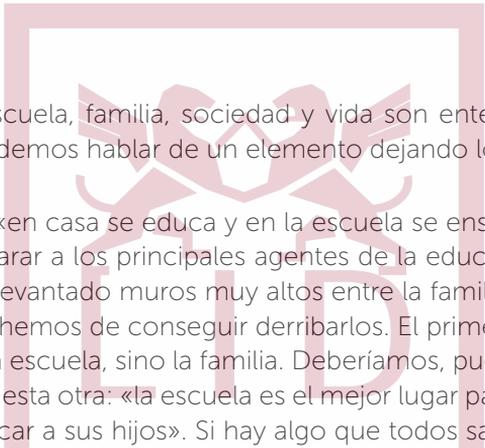
Gracias a mi familia y a Sandra, por su comprensión, su apoyo y su paciencia infinita durante los meses interminables que necesité para acabar este libro.

Gracias a Tito, Celeste y Simón por hacer posible esta maravillosa portada en tiempo récord. Y gracias al inestimable trabajo de transcripción de horas y horas de conversaciones realizado por el estupendo equipo de voluntarias de Ashoka España: Lara Herráiz, Ester Revuelta, Silvia Sánchez, Isabel Gómez, Júlía Ramírez, Claudia Caballero, Raquel Pastoriza y Patricia Pareja.





Prólogo: Juntos sumamos



Educación, escuela, familia, sociedad y vida son entes indisolubles, así que no podemos hablar de un elemento dejando los otros fuera.

Frases como «en casa se educa y en la escuela se enseña» han contribuido a separar a los principales agentes de la educación. Esta, en concreto, ha levantado muros muy altos entre la familia y la escuela, y entre todos hemos de conseguir derribarlos. El primer órgano educativo no es la escuela, sino la familia. Deberíamos, pues, sustituir esa expresión por esta otra: «la escuela es el mejor lugar para ayudar a las familias a educar a sus hijos». Si hay algo que todos sabemos es que juntos sumamos. Por eso familias y escuela debemos trabajar codo con codo. La participación de las primeras es clave, y la comprensión del contexto en el que vive en niño por parte de la segunda no es menos importante. Y ahí, además, la llave que abre todas las puertas: el diálogo; el diálogo y la colaboración.

Muchas veces esperamos que los cambios vengan de fuera: de la Administración, del sistema... Y es cierto que han de ayudarnos, pero la verdadera transformación educativa ha de empezar en uno mismo, seas docente o no, revisando esas pequeñas cosas que te acompañan cada día y forman parte de tu inercia. Queremos educar a nuestros hijos como nosotros fuimos educados, pero así nada cambiará. Basta con que hagas un viaje a cuando eras niño y te preguntes qué cultura ecológica se te inculcó, qué recuerdas del cuidado de las relaciones

humanas, cuánta importancia se le daba a apreciar la diversidad o cuántas veces te dijeron que las diferencias enriquecen. Necesitamos tomar perspectiva, vernos desde afuera y reflexionar sobre lo que estamos haciendo y lo que estamos consiguiendo con eso. Pensemos en lo que estamos enseñando a diario: ¿dónde está la ética?, ¿dónde el compromiso social?, ¿y el compromiso con la naturaleza?, ¿dónde está la implicación? Lo mejor es que basta con bajarnos de esa inercia y pensar en nosotros mismos: queremos que los niños, niñas y adolescentes sean educados, respetuosos, atentos, que trabajen en equipo, que den lo máximo que puedan dar, que sepan muchas cosas, que no griten, que controlen sus emociones, que tengan ilusión por ir a la escuela, por hacer cosas... Pues bien, todo eso debemos tenerlo nosotros, los adultos, para poder enseñarlo o estimularlo, ¿no crees? Solo podemos exigir a los niños y niñas aquello que nosotros les podamos dar.

La educación está en un momento bonito. Hace pocos años, cada noticia que salía en los medios sobre educación era negativa. Ahora, en cambio, no hay día en que no salga a la luz un nuevo proyecto, una nueva experiencia que se está llevando a cabo en las aulas de nuestro país. Y es que miles de docentes tienen verdadera pasión por lo que hacen, y miles de familias dan un paso adelante para cambiar las cosas.

Ese cambio de visión es necesario, porque todo evoluciona: la medicina, las comunicaciones, la tecnología..., y la educación no debería ser menos. Es más, debería estar en la vanguardia precisamente porque es la llave que abre todas las puertas, el camino que nos lleva a cumplir nuestros sueños. Por eso la expresión «resistencia al cambio» no tendría que estar asociada con la educación. La razón es fácil de entender. Pregúntate qué ciudadanos queremos educar. Si nuestro deseo es que los niños y niñas sean ciudadanos capaces de adaptarse a los cambios que se vayan a encontrar, agentes activos en una sociedad que necesita de su contribución, personas que sepan que mejorar el mundo donde viven comienza en ellos mismos, entonces apostaremos por dar un paso adelante.

Tengo el honor de prologar este libro de David en el que plasma una serie de conversaciones con personas de gran peso en la educación

y en el desarrollo de la misma, y me hace especial ilusión que entre ellas se encuentre un muchacho de 18 años que da su visión. Y es que pocas veces se ha contado con la opinión de los principales protagonistas en la educación. Este es un libro que, sin duda, ampliará nuestra visión sobre la educación y que enfatiza que el trabajo en equipo entre todos los agentes educativos es clave para construir un mundo mejor. Un libro que anima a pensar no solo que un cambio es posible, sino que nosotros podemos ser parte del mismo y que el momento para hacerlo bien puede empezar ahora.

César Bona

Maestro y licenciado en Filología Inglesa.
Finalista al Global Teacher Prize 2014.





Introducción

Todo empieza con una pregunta: ¿por qué educamos? Y así sucesivamente.

¿Para qué educamos?, ¿para el empleo?, ¿para ser felices?, ¿para un futuro desconocido? ¿Para quién educamos?, ¿para las empresas?, ¿para el alumnado? ¿En contra o a favor de qué? ¿Dónde se educa? ¿Cómo? ¿Quién?

Si te has agobiado un poco, no te preocupes, a mi también me ha pasado, sobre todo ahora que acabo de empezar. Tratamos un tema complejísimo: la educación. Yo tampoco tengo las respuestas, pero vamos a buscarlas conversando con personas que nos ayudarán a pensar por el camino.

Siempre me han gustado esos viajes iniciáticos al estilo socrático, donde el discípulo y el maestro caminan juntos explorando y cuestionando, enfrentando sus propios prejuicios y asunciones, contrastando juntos a cada paso.

En este viaje contamos con grandes maestros y maestras. Delante de nosotros tenemos a un imponente elenco de personas expertas en educación, entendida esta en sentido amplio: educar a los hijos en casa, en la escuela, el instituto o la universidad, en el barrio y el tiempo libre, en políticas educativas, en las pantallas o internet. Incluso, sorpresa, también tenemos algún adolescente, que yo diría que son los más expertos de todos a la hora de hablar de la experiencia vital de los más jóvenes.

Vamos a escucharles, incluso a retarles, a ver qué discurso colectivo construimos.

Así que, te digo la verdad ahora que iniciamos nuestro viaje: no estoy seguro de si encontraremos las respuestas, pero te garantizo que disfrutaremos y aprenderemos buscándolas.

Entrevista a un alumno de bachillerato

Participa: David Davó

«Si quieres enseñar latín a Pedro, ante todo
tienes que conocer a Pedro.
Y, en segundo lugar, saber latín»,
axioma jesuita.

Habrás visto que en este libro participan personas muy relevantes. Escritoras, exministros, profesores, personas influyentes y conocidas maestras... Tendremos tiempo para escucharles. Estas páginas son resultado de horas de conversación con todos ellos, y verás que sus testimonios y aportaciones están repartidas en distintos capítulos.

Sin embargo, es imprescindible empezar por aquí, por lo importante, íntegramente y sin cortes. Porque esta conversación con un alumno que acaba de terminar bachillerato es la base para todas las demás.

Te animo a que hagas lo mismo con esa niña o ese niño que quizá tienes al lado antes de leer estas líneas. Tu hija, tu sobrino. O ese chaval que tienes en clase cada día.

David Davó acaba de terminar el Bachillerato de Excelencia y tiene previsto estudiar Ingeniería Informática. Recuerda su paso por el colegio y el instituto como algo frustrante e insatisfactorio. Cuenta sin ningún reparo y con total tranquilidad cómo se aburría y no conectaba con sus compañeros, cómo se sentía rechazado, solo y triste, cómo sus padres llegaron a cambiarlo de centro, fue a varios psicólogos y cómo incluso llegó a estar un año fuera del sistema, en un Centro Educativo Terapéutico en el que creció, encontró un estupendo equipo y muchas respuestas en un momento crucial de su adolescencia.

—¿Te has preguntado alguna vez para qué sirve el colegio o el instituto?

—Claro —responde David con ironía—, muchas veces.

—¿Y a qué conclusión llegas? —le pregunto—. Si piensas en tu recorrido desde el colegio, la primaria, secundaria, bachillerato,

¿crees que todo está orientado a que tengas una carrera, a que llegues a la universidad, te saques tu título y te incorpores en el mundo laboral? ¿O crees que sirve para algo más?

—Pues es que depende de a qué colegio vayas o de qué profesores tengas. Habrá gente que dirá que tuvo un profesor genial y que hacían un montón de cosas alternativas, por así decirlo, y que no era solo estudiar. Y otra gente dirá que solo ha hecho lo típico de estudiar y estudiar. Pero vamos, yo diría que el colegio y el instituto sirven básicamente para eso, para ser alguien el día de mañana, para conseguir un empleo.

—¿Y crees que debería ser así?

—No. Yo creo que debería estar más enfocado a crear personas cívicas —dice con contundencia—. Porque para formarte para un empleo ya existen los módulos de formación profesional.

—O sea, ¿tú crees que toda la etapa escolar tiene como objetivo formar profesionales y que debería tener otros objetivos también?

—Sí, no sé, sobre todo aprender a pensar. Porque la mayoría de empleos en menos de 50 años a lo mejor se van a ir a tomar por saco porque los van a reemplazar robots. Y, sin embargo, las cosas que no puede hacer una máquina, las cosas que no se pueden automatizar no nos enseñan a hacerlas, no las aprendemos. Es decir, todo lo que nos enseñan en matemáticas son cosas importantes, pero tan, tan simples y tan automáticas que yo creo que las podría hacer cualquier algoritmo.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que aportamos los humanos y que deberíamos aprender y practicar?

—Pues la capacidad de imaginar más allá, cuando parece que algo no se puede hacer... —duda mientras busca las palabras—. No sabría explicarlo. Es cuando hay que pensar, cuando hay que pensar, ni más ni menos. Porque, por ejemplo, los ejercicios que hemos estado haciendo en bachillerato todo el rato eran todos iguales, y yo creo que eso lo metes en un programa de inteligencia artificial y te lo resuelve. Me refiero a que podrías programar

un modelo con todos los posibles ejercicios de la PAU [Prueba de Acceso a la Universidad] y la siguiente PAU que saquen te la sabría hacer perfecta. Lo suyo sería aprender algo que un ordenador no pudiese hacer. Yo creo que hay alumnos que acaban bachillerato bien, pero el Test de Turing¹ no lo pasan, y eso a mí me parece increíble. Nos tratan un poco como a máquinas, está enfocado a hacer un trabajo mecánico, básicamente. Un coche te lo puede montar un robot, pero necesitamos que quien diseñe el coche sea una persona, que piense, que diga «¿qué pasaría si...?» o «¿y si mejoramos esto?».

—Sí, el otro día leí esa noticia de que los fabricantes de coches empiezan a incorporar filósofos en sus equipos, sobre todo porque la inteligencia artificial se enfrenta a dilemas que no puede resolver.

—Sí, lo he visto —me interrumpe ilusionado, y prosigue—. Cuando el ordenador de a bordo calcula que el accidente es inevitable y el coche tiene que elegir si estrellar al conductor o atropellar al peatón que se cruza, por ejemplo.

—Sí, justo eso.

—Son dilemas éticos que no tienen nada que ver con las matemáticas y con la Filosofía. Y, sin embargo, eso que solo lo pueden hacer los humanos van y lo empiezan a quitar en bachillerato. Bueno, lo han vuelto a poner, pero ya es mala señal...

—O sea, que la escuela tendría que ayudarnos a desarrollar lo que nos define como humanos: la capacidad de tener curiosidad o hacerse preguntas, de imaginar lo imposible —él asiente repetidamente mientras hablo—. ¿Pero de verdad eso no pasa?

—¡Sí, exacto! Pero no, no pasa. Yo me acuerdo de muchas veces haber preguntado algo en el colegio y que no me hayan hecho ni caso. Entonces se te acaban quitando las ganas de preguntar, al final, poco a poco. Cuando preguntas algo y quizá te responden algo rápido y tú dices: «no lo entiendo» o «eso no tiene sentido, ¿me lo puedes explicar?», y te dicen: «es que no vamos a perder tiempo de clase». Por lo que he hablado con mis amigos, esto nos ha pasado a casi todos alguna vez. Y al final cuando eres

niño, que es cuando más ganas tienes de aprender, se te acaban quitando las ganas de preguntar cosas.

—¿Tú crees, por lo que me decías nada más empezar, que hay colegios en los que esto es distinto? ¿Depende de la suerte que tengas?

—Sí, sobre todo depende del profesor o profesora que te toque, pero eso no es justo. Yo tuve un profesor en 5º y 6º que sí cuidaba esas cosas, pero hay gente en mi mismo colegio que no tuvo a ese profesor —hace una pausa para pensar; decido dejarle tiempo—. Yo creo que si algo puede salvar la educación son los profesores. Porque, si te fijas, yo esto lo sé porque lo he hablado con gente, si miras lo que se pide de los profesores para serlo, no se define casi nada o muy vagamente todo lo de cómo tratar a los alumnos como personas y enseñar ese tipo de cosas de las que estamos hablando.

—¿Tú dirías que has disfrutado de tu etapa escolar, desde el colegio al bachillerato?

—Pues no sé decirte. ¿Me ha merecido la pena? Yo pienso que lo podría haber aprovechado mucho mejor, se podría haber enfocado de otra manera. Creo que de los últimos seis años de mi vida que he dedicado podrían haber sido perfectamente cuatro. Porque la mitad de las lecciones son repetir cosas del año anterior con cuatro cosas de ampliación. Yo me acuerdo de que en primaria me aburría muchísimo en clase cuando avanzábamos tan despacio, muchas veces yo ya lo había entendido y pensaba: «pues que me pongan en el curso siguiente o algo». Yo creo que se pierde mucho el tiempo con la metodología que se usa en clase.

—Bueno, pero estoy seguro de que habría compañeros que necesitaban ese refuerzo, ¿no? Agradecían esa doble explicación o ese ritmo más lento.

—Claro. El problema es que hay compañeros que necesitan ese refuerzo y otros que no. Eso se ve muy bien en las clases de inglés; hay gente que ha ido a academias, que ha ido de viaje con sus padres o ha tenido otras oportunidades y hay gente que no tiene ni idea de inglés. Todos juntos. Parece que en el colegio

no les gusta separar a los alumnos por niveles, pero a mí me parece que sería buena idea. Claro que no se pueden hacer 20 clases distintas, una por alumno, pero sí puedes cambiar la metodología para dar más apoyo a los que más lo necesitan y avanzar por otro lado con los que pueden avanzar más.

—Te refieres a no suponer que todos vais al mismo ritmo o por la misma página del libro, sino personalizar el ritmo de aprendizaje de cada uno, ¿verdad?

—Exacto. Imagínate: si tengo 25 niños en clase, supongo que son todos iguales porque tienen la misma edad, aunque algunos de ellos se llevan 364 días de diferencia, supongo que llevan exactamente el mismo ritmo. Si has nacido el 1 de enero, no tiene sentido que vayas a un curso, y si has nacido el 31 de diciembre vayas a otro, aunque te lleves 12 horas con el otro niño. Cuando un niño repite de curso, dicen: «¡qué pena! Está perdiendo un año de su vida!». Pero también, por así decirlo, estás perdiendo un año cuando no te suben un curso. Es que no me gusta nada lo de enfocarlo solo por edades, no tiene sentido concluye mirándome directamente a los ojos.

—Y a ti, David, ¿qué es lo que más te motivaba en clase? ¿Qué cosas te hacían más feliz o te hacían disfrutar?

—A mí me gustaba mucho todo lo que fuera investigar por mí mismo. Siempre he sido muy autodidacta, y a muchos amigos les pasa igual. Me encantaba que me dijeren: «tenéis que leer sobre este tema y hacer un trabajo de 10 páginas con vuestras conclusiones» o «tenéis que preparar una exposición sobre este libro». A mí eso me encantaba, el tirarme toda la tarde en la biblioteca (aunque casi no usara los libros, pero yo iba a la biblioteca porque así podías poner algo en la bibliografía) —sonríe buscando mi comprensión antes de continuar—. Ir a la biblioteca, buscar cosas, estar ahí con internet y 50.000 pestañas abiertas. Acabas aprendiendo un montón no solo del tema que te han asignado, sino de cualquier cosa que se te va cruzando por el camino. Y a mí eso me encantaba, porque yo, cuando estudio para un examen, a las tres semanas digo: «¡uf, si es que no me acuerdo de nada!»; pero de los trabajos que he hecho sí, a lo mejor cinco o seis meses después, sin ni siquiera haber vuelto a mirarlo, y, sin embargo, más o menos te acuerdas.

—Esto es muy interesante. Pero ¿tú dirías que esto es una tónica general entre tus compañeros o es cosa tuya? Me refiero a que a lo mejor había quien odiaba hacer trabajos o tener que investigar.

—Pues yo diría que es bastante generalizado, pero claro, seguro que también habrá gente a la que no le guste nada tener que investigar y preferirá aprender de otra manera. Y a mí también, claro que me gustaban los ejercicios. Pero no los ejercicios típicos del libro de mates. Recuerdo a mi profesor de 4º, que nos ponía acertijos o ejercicios matemáticos difíciles, y al final acababas sacando un método para deducir el número áureo y cosas así sin darte cuenta. Me encantaba porque no hacía falta que nos explicara cómo se hacía y acababas diciendo: «eh, que lo he descubierto yo. No me han dado un premio, pero lo he descubierto yo solo».

—Dicen que ese aprendizaje es más duradero, cuando tú has llegado a la conclusión, has investigado...

—Sí, porque lo estás descubriendo de formas distintas, no como cuando te dan unos apuntes y te lo lees diez veces para aprenderlo de memoria, que estás todo el tiempo viendo lo mismo con las mismas palabras, todo el rato lo mismo. Entonces llega un momento en el que desconectas y no te estás enterando de nada. A lo mejor al día siguiente lo puedes poner en un examen perfecto, pero a los dos días no te acuerdas de nada. No sé, no lo interiorizas, no le ves el punto. Sin embargo, cuando tienes que hacer investigación o tienes que hacer un trabajo, sí que se te suele quedar mejor.

—¿Por qué quieres estudiar Ingeniería Informática? —le pregunto cambiando de tema.

—Pues no sé. Desde muy pequeño siempre me han gustado mucho los ordenadores y le dedicado mucho tiempo a investigar por mi cuenta. No pude tener internet en casa hasta los 13 o 14 años, así que no podía utilizarlo casi nada, pero poco a poco empecé a hacer muchas cosas: instalar Windows, arreglar el ordenador de un amigo, me metí en el mundo de Linux, de la programación... Me gusta mucho la programación, los algoritmos, las matemáticas, cosas así.

- Es decir, que no lo eliges porque hay más trabajo que en otras carreras –pregunto sarcástico.
- No –se ríe–. La verdad es que, a ver, hay mucha gente que lo elige por eso, pero yo me metí porque me gusta. Es como mi ambiente natural, por así decirlo.
- Tú participas en un grupo juvenil en tu ciudad desde hace muchos años. Hacéis muchas actividades en grupo, salidas, proyectos para mejorar el barrio, etc. Ahora incluso estás como ayudante de los educadores. Ahí trabajáis temas de conflictos, relaciones, debatís... Todo esto, lógicamente, influye mucho en el tipo de persona que eres hoy. No sé si te has hecho alguna vez esta pregunta: ¿cuánto y en qué cosas crees que te ha influido la escuela y cuánto este grupo juvenil y esos otros ambientes en los que te mueves?

David se lo toma con calma antes de responder.

- Pues yo creo que, si comparo, la escuela me ha influido un poco para mal. Claro que tengo buenos recuerdos, pero también los tengo muy malos. De verdad que ha habido años en los que he aprendido más por mi cuenta o con mis amigos o en mi habitación que yendo a clase. Sobre las cosas que me interesan, programación o seguridad informática, por ejemplo.
- ¿En serio? ¿Has aprendido más por tu cuenta?
- A ver, no puedo generalizar, pero algunos años sí. Es verdad que estos dos últimos años en bachillerato me he tenido que enfocar mucho en técnicas de estudio, porque si quieres entrar a la carrera que te gusta no te queda más remedio que meterte en el sistema, aceptarlo. Es extraño. En realidad, da igual cuánto sepas sobre un tema porque si no lo pones tal y como se espera en el examen y en las matrices de evaluación, no hay quien saque buena nota.
- Entonces, volviendo a la pregunta, ¿dirías que has aprendido más, menos o cosas distintas en tu grupo juvenil? –insisto.
- Pues yo creo allí he aprendido mucho sobre relaciones sociales, a comprender que hay muchos tipos de personas, que hay mucha

gente distinta en el mundo. Diría que he aprendido mucho más a nivel social, y también sobre emociones, a entenderme yo. Ese tipo de cosas que no te las suelen enseñar en el colegio o el instituto. Y lo noto mucho cuando me relaciono con chicos o chicas que participan en programas similares: se les nota mucho en la forma de hablar, la forma que tienen de relacionarse. Es diferente a cuando tratas con otras personas que no han estado nunca en un grupo así. No sabría cómo explicarlo bien, pero se nota; son como más comprensivas, suelen mirar las cosas con más respeto, como desde otro punto de vista.

—No te creo —le interrumpo—. En el colegio o el instituto también te relacionas con gente todo el tiempo, ¿no? También hay conflictos, también hay frustraciones que aprendes a gestionar, etc. Todo eso también se entrena en el colegio.

—Bueno, supuestamente las entrenas porque tienes una hora de tutoría. Pero como la hora de tutoría no se aprovecha... Hay gente que directamente no va, profesores que la utilizan para repasar otros temas una vez a la semana o cosas así, y al final tampoco sirve de mucho.

—¿Solo en tutorías?

—Es que de verdad que no se trabajan estas cosas. Por ejemplo, yo creo que cuando surge un conflicto dentro de una clase, no es algo que debas dejar pasar. Si estamos a martes y hay un problema, no hay que esperarse para tratarlo en la tutoría del lunes siguiente. Es algo que debería solucionarse justo en el momento en que está pasando. Me parece que es algo mucho más importante que la clase que haya en ese momento. Aunque solo sea porque a lo mejor dos o tres de tus alumnos no van a estar enterándose de nada porque están mal, están fastidiados o pensando en eso. No te va a servir de nada esa clase, va a ser una clase desaprovechada. Es un momento en el que si hay que solucionar ese problema, pues se para y se soluciona. En ese momento dan igual Pitágoras o Quevedo, no sé. Lo que importa son tus alumnos en ese momento.

—Así dicho es tan evidente... que me has convencido —digo mientras sonreímos los dos—. Una última pregunta: tus padres, o los padres en general, ¿qué le piden a la escuela? Lo digo porque

cuando se pregunta a la mayoría de los padres y madres, lo habitual es que digan que el instituto tiene que ser el sitio donde mi hija saque buenas notas y se prepare para ser alguien el día de mañana. ¿Tú dirías que eso es así?

—Pues sí, eso es lo que mi padre le pedía al colegio o al instituto —responde sin dudar—. Él decía que tienen que enseñar disciplina. A mí me parece que la disciplina se la podemos dejar a los robots. Es decir, si ha habido tantos descubrimientos en el siglo XX es porque se han roto todas las normas. Alguien dice: «¿que es imposible esto? ¡A lo mejor no!». Y así se empieza por plantear una pregunta y se acaba descubriendo un nuevo teorema entero. Yo creo que justo lo que sobra es disciplina. Todos quietos y pasivos. A ver, tampoco digo que tenga que ser un caos, hay que hacer las cosas cuando hay que hacerlas, tiene que haber unos horarios y unas normas, pero con un sentido. Que no nos corten la imaginación, porque no se va a descubrir nada de esa manera.



Introducción en 140 caracteres

- Podrías programar un modelo con todos los ejercicios PAU y lo haría perfecto. Habría que aprender algo que un PC no pudiese hacer @DSinapellido
- Cuando eres niño, que es cuando más ganas tienes de aprender, te acaban quitando las ganas de preguntar cosas @DSinapellido
- Da igual cuánto sepas. Si no lo pones tal y como se espera en el exámen no hay quien saque buena nota @DSinapellido
- Cuando hay un conflicto se para a solucionarlo. Da igual Pitágoras o Quevedo. Lo que importa son tus alumnos en ese momento @DSinapellido
- Justo lo que sobra es disciplina. Todos pasivos. Si ha habido tantos descubrimientos es porque se han roto todas las normas @DSinapellido
- Que no nos corten la imaginación, porque no se va a descubrir nada de esa manera @DSinapellido